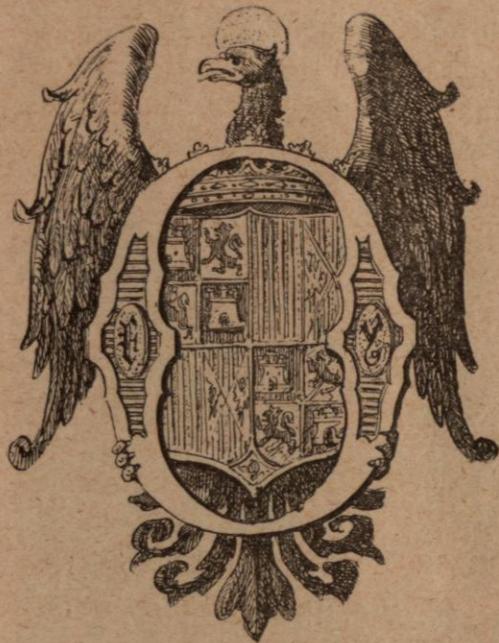


LOS CONTEMPORANEOS DE CRISTÓBAL COLÓN



I

ORDINARIAMENTE se ha confundido el siglo xv con los anteriores de la Edad Media; sin embargo, no se puede negar que éste fué el más importante de todos los transcurridos después del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo hasta nuestros días—sin exceptuar al siglo xix que tanto hemos elogiado y tan maravilloso nos parece. Basta decir que en el siglo xv se inventó la IMPRENTA y se descubrió la AMÉRICA.

Además sin los hombres extraordinarios que florecieron entonces nunca tuviéramos á los que nos jactamos hoy de poseer.

Arrojemos una rápida mirada sobre aquella época y mencionemos siquiera de paso los genios que existieron en el siglo xv.

El pueblo atado por necesidad hasta entonces al señor en cuyas tierras vivía, empezó á buscar alivio á su situación amarguísima, y en las ciudades logró conseguir cierta libertad y echar por tierra el feudalismo. Unióse en gremios para hacer frente á la tiranía de sus amos, y por primera vez *alboréó en la mente humana el derecho de gentes*.

En el mismo año en que surgió en la mente de Gutenberg la idea de la Imprenta ¹, antes de ponerla en práctica—en ese mismo año nació Cristóbal Colón el Descubridor del Nuevo Mundo, y también el que debería ser uno de los mayores sabios del fin de la Edad Media, á saber Juan Maller, llamado comunmente REGIONMONTANO, primer regenerador de la astronomía.

¹ « M. Auguste Bernard... se propose de prouver que ce fut seulement vers 1436 que Gutenberg conçut lui-même son plan d'impression par l'emploi des caractères mobiles. » (Véase Figuier.—*Vie des Savants Illustres du Moyen-Age*, pág. 324.)

En aquellos tiempos en que las comunicaciones entre nación y nación, y aun entre ciudad y ciudad, eran tan difíciles y á veces casi imposible, los conocimientos científicos se difundieron tan despacio que aunque el uso de la pólvora se había propagado en Europa desde mediados del siglo anterior, todavía al fin del siglo xv se empleaban arcos y flechas en las batallas y en el ataque y defensa de las fortalezas.

Los marinos poseían ya un instrumento que contribuyó grandemente en los descubrimientos de nuevas tierras que tanto entusiasmaba á los europeos de esa época, nos referimos á la *Brújula*. Con el servicio que prestaron primero los *astrolabios*, después la brújula y los relojes y cronómetros para llevar á cabo con exactitud las observaciones astronómicas, la corriente de la civilización avanzó rápidamente y la ciencia de la navegación unida á la de la astronomía tomó particular incremento. Los sabios que se dedicaron á ellas hicieron descubrimientos en los astros que nos sorprenden cuando recordamos que los hacían á pesar de carecer de anteojos de larga vista y de otros instrumentos que hoy día facilitan los estudios astronómicos. Se preparaban, pues, los espíritus para poder comprender algunos años después los sistemas de COPÉRNICO y de Galileo que deberían brillar en el siglo xvi. El primero nació en el siglo xv (en 1473).

Las Universidades ya establecidas y las que aparecían en todas las ciudades de alguna importancia arrojaban una luz extraordinaria en los espíritus, y los profesores de aquella época reunían en torno suyo á millares de estudiantes ávidos de beber en la fuente de todas las ciencias humanas.

En medio de aquellos adelantos científicos las artes empezaban á levantarse á una altura tal que en el siguiente siglo deberían tocar casi á la perfección, de manera que la pintura, la escultura y la arquitectura de ese tiempo sobrepaja á la de la época presente en belleza, en sentimiento estético y sobre todo en ideal.

Los conocimientos geográficos del siglo xv se encierran todos en dos mapas, uno firmado por ANDRÉS BRANCO, construido en el mismo año en que nació el descubridor de América, y que demostraba conocimientos nada despreciables, y el otro del fin del siglo xv, obra de JUAN DE LA COSA, piloto de las expediciones de Cristóbal Colón.

Los llamados *astrólogos* se ocupaban de todas las ciencias: ellos eran los que reglamentaban el estudio de la física, empezaban á comprender la química (ciencia adelantada entre los árabes de España) y la metalúrgica llamaba particularmente la atención. Al mismo tiempo las matemáticas tomaban un vuelo extraordinario, así como la medicina, y ya se empezaba á comprender la necesidad de estudiar la anatomía. Que la ciencia anatómica era muy conocida en Italia lo prueban las pinturas y esculturas de los maestros que empezaban á distinguirse por la perfección de sus obras.

¡Y qué diremos de los naturalistas que florecían en ese siglo! Éstos fueron los precursores, los progenitores de los sabios que se han sucedido al través de los siglos desde entonces. Es cierto que se han olvidado la mayor parte de sus nombres,

pero si la Historia no los menciona su espíritu engendró á otros que después se hicieron famosos. Sin embargo, ha venido hasta nosotros la fama del sabio TOSCANELLI, así como la del joven y malogrado PURBACH, sabio astrónomo que murió á los 28 años de edad ¹, después de haber descubierto el movimiento de los planetas y hecho las divisiones decimales en la aritmética, cosa desconocida hasta entonces en Europa.

En el Norte de Europa, así como en Francia había muy poca cultura intelectual en todas las jerarquías sociales. No sucedía lo mismo en Italia. Aunque los moradores de la Península Itálica eran crueles y vengativos con sus enemigos, los nobles italianos vivían rodeados de elegancia, de objetos artísticos y de un lujo soberbio. Sus vestidos eran espléndidos, sus muebles tan magníficos que no era de buen tono tenerlos sino pintados por famosos artistas, esculpidos por maestros en el arte, y sus vajillas de oro y plata se considerarían hoy como joyas de un precio loco, pues las cincelaban artistas cuyas obras eran perfectas en el punto de vista del arte. Los nobles viajaban en cómodas carrozas, mientras que en Francia hasta el siguiente siglo sólo había en París dos carruajes, uno era el de la Reina esposa de Francisco I y el otro pertenecía á la amiga del Rey. En Inglaterra las damas de alta alcurnia andaban en palanquín y los hombres á caballo. El pueblo bajo de Italia gozaba de bienestar, de tal manera que no se veían mendigos ni gentes andrajosas en ninguna parte. No así en las demás naciones europeas. En Francia, en Alemania, en Inglaterra, etc., el pueblo era tan desgraciado que se tenían que cubrir las carnes con pieles de animales (sin curtir) y se mantenían trabajosamente con pan de avena y raíces y hierbas silvestres de los campos.

Cristóbal Colón había nacido y pasado los años de su primera juventud en Italia, el país más civilizado de Europa, y si hemos de juzgar de las personas por el *medio ambiente* en que existieron y se formó su espíritu, preciso será considerarle como á uno de los hombres más cultos de su época.

En Italia se conocía el latín con bastante perfección; en algunas provincias se hablaba el griego moderno y en las Universidades se enseñaba el griego antiguo. Era popular el estudio de las ciencias, y con el amor al estudio, con la necesidad del lujo que bajaba de las clases elevadas á las inferiores, con la intensa curiosidad que despertaban las obras literarias desconocidas muchas de ellas que llevaron de Oriente y de Grecia los sabios monjes que tenían que emigrar perseguidos por la invasión turca, creció naturalmente el deseo de viajar, de conocer tierras nuevas, de buscar horizontes más vastos. Viéndose los venecianos y genoveses arrojados de sus colonias del Negroponte, de las islas griegas y costas del Asia Menor, gran número de jóvenes, que se habían educado para tripular los navíos mercantes, quedaron sin empleo y tuvieron que ir á buscar su vida en otras naciones. Por eso vemos á los venecianos GABOTTO (ó Cabot) establecidos de padre á hijo en Inglaterra, á VESPUCCIO empleado por los Reyes de España, á pesar de ser florentino, y á los genoveses COLOMBOS establecidos en Portugal.

¹ Nació en 1423.

Pero si estos italianos iban á vivir lejos de su patria, no por eso abandonaban sus costumbres cultas, su lenguaje comedido y su amor á las letras. Así encontramos á Cristóbal Colón en Portugal entregado al estudio, rodeado de libros y buscando en ellos una idea que sin duda lo había perseguido desde niño: la idea de que deberían existir del otro lado de la mar Tenebrosa, cuyas aguas los marinos de su tiempo no se habían atrevido á surcar, las tierras del Asia, la India con todos sus esplendores, cuyo camino era ya muy difícil hallar porque los turcos impedían el paso por el lado del Oriente.

Pero veamos, en primer lugar, la situación política de Europa en esa época, sin lo cual no nos será posible explicar la necesidad en que se hallaban los mercaderes de descubrir una vía fácil hacia el Oriente, de donde llevaban tantos objetos que se habían hecho indispensables entre las gentes cultas del siglo xv.

II

El Norte de Europa estaba entregado á la formación de su estado civil: Suecia, Noruega y Dinamarca procuraban constituir en un solo reino esos tres países. Prusia no existía aún, parte de Alemania estaba alborotada por sectas enemigas de la Iglesia apostólica romana, y el resto de aquel país se inclinaba aterrorizado bajo las amenazas del misterioso tribunal llamado de la Santa-Veheme¹, el cual llegó á su apogeo á fines del siglo xv. La Rusia, á medio formar, estaba entregada por turnos á la anarquía, al despotismo, á las guerras civiles, y se veía con frecuencia diezmadas sus poblaciones por las hambres y las pestes. Los húngaros y los polacos no podían ocuparse de otra cosa sino de defender sus fronteras de los infieles que sin cesar los amenazaban de muerte. Desprestigiado el feudalismo, los reyes de Francia se preparaban para gobernar ellos solos y no tenían tiempo para pensar en otra cosa. En Portugal toda la nación, desde el Soberano hasta el último marino tenían fija su atención en los descubrimientos que se hacían en las costas del África. Batidas sus costas por las olas del Océano era aquel un pueblo marino que no se preocupaba con la suerte de las demás naciones europeas. España recogía todas sus fuerzas para arrojar de su seno á los árabes, huéspedes intrusos, los cuales al cabo de siete siglos aún eran considerados como enemigos en la Península Hispánica.

Por esta ligera reseña se comprende que las naciones cristianas de aquel siglo así como los Príncipes que las gobernaban, envueltos siempre en guerras y llenos de preocupaciones particulares no paraban mientes en el peligro que amenazaba á toda Europa con respecto á la probable invasión de los mahometanos en el mundo cristiano. Sin embargo, cuando se tuvo noticia de que había claudicado al fin el imperio grie-

¹ Conocida y extraordinaria sociedad secreta parecida á aquellas que desde mediados del siglo pasado influyen en los cambios políticos de todas las naciones, cuya mano se siente en todas partes sin verse á las claras jamás.

go ¹ y que el turco era dueño de Constantinopla, los cristianos,—que no habían querido ayudar al emperador Constantino XIII, por incuria unos ó por ignorancia y por imposibilidad verdadera otros,—los cristianos se espantaron, y los hombres pensadores temblaron al considerar que el triunfo de Mahomet presagiaba una lucha con los infieles que podría ser fatal para la religión de Cristo y para la civilización nacida de ella.

Pero así como es cosa sabida que en donde se presenta una calamidad física allí mismo se encuentra el remedio, que en los países, por ejemplo, en donde los terremotos y la langosta parecen haber destruído la agricultura, después las cosechas producen diez veces más que antes; cuando una peste ha diezclado las poblaciones, nacen mayor número de niños en los subsiguientes años ² y que en aquellos bosques en donde se crían animales venenosos se hallarán también los contravenenos, así la Providencia en todas partes repara los males con bienes mayores, por medio de las misteriosas leyes de las compensaciones, y así también esta vez el mal irreparable, al parecer, tuvo su lenitivo.

Perdida Constantinopla para el Cristianismo, invadido todo el imperio griego, tanto en Asia como en Europa, los sabios, los eruditos monjes que allí florecían tuvieron que buscar asilo en Italia, en donde encontraron un Papa que no solamente les dió hospitalidad, sino que en el Vaticano hallaron más gloria, más brillo y mayor entusiasmo por las letras y las artes que en aquellos claustros en donde habían vegetado ocultos y desconocidos.

NICOLÁS V—Peligri el Sarzano, como se llamó antes de ceñirse la tiara pontificia, —fué uno de los hombres más importantes del siglo xv. Bien sabido es que cada Papa que ha ido ocupando la Silla de San Pedro, ha tenido, según los decretos de la Providencia, que desempeñar alguna misión especial en el mundo. Tocó á Nicolás V preparar la era llamada del Renacimiento de las ciencias y de las luces en Europa. Empezó por embellecer á Roma y proteger eficazmente las letras; de manera, que durante su pontificado se tradujeron en latín mayor número de autores griegos, que durante los cinco siglos anteriores ³ y cundió en Italia hasta la exageración el amor á los autores antiguos.

Á tiempo que en el lugar más exaltado de la cristiandad se encontraba un hombre capaz de proteger á los emigrados, recoger, conservar y cuidar de aquellos tesoros olvidados ó perdidos en Occidente,—reliquias de una civilización extinguida,—empezáronse á mirar con desdén las obras de los Santos Padres, muchas de las cuales estaban, es cierto, compuestas en un latín bárbaro, aunque en el fondo eran escritos de grandísimo mérito. Á fuerza de admirar el arte de escribir de los antiguos, aun las personas más religiosas acabaron por mirar con desprecio las obras santas, porque éstas se presentaban en un estilo desaliñado. Desde entonces empezó á cundir

¹ 29 de Mayo de 1453.

² Así lo dicen Hecker, Short, Quetelet, etc.

³ Véase: *Biografía de Nicolás V*, por Juannazzo Maneli, citado por Sismondi.

aquel culto por la forma que hoy día ha llegado á su apogeo entre los cultivadores de la literatura. De la crítica de la forma se pasó á la crítica de las ideas, de manera que, mientras más se elogiaba la belleza estética de los autores paganos, menos se leían las obras religiosas. No hay quien ignore que el protestantismo es hijo legítimo del Renacimiento, y que desde entonces se ha protestado en nombre de todo: en nombre del arte, del buen gusto, de la libertad, de la burguesía, del pueblo, de los artesanos, en fin, en nombre de todo contra todo lo constituído antes.

Muerto Nicolás V en 1455 fué nombrado en su lugar el cardenal Alfonso Borgia, un español, un valenciano de Játiva, quien al ceñirse la tiara pontificia, tomó el nombre de Calixto III. El elemento español en la civilización tomó cuerpo en la segunda mitad del siglo xv, influencia que debería ser todopoderosa durante dos siglos, para extinguirse casi repentinamente consumida dentro de su propia luz.

Á mediados del siglo que nos ocupa habían nacido dos niños, cuyos nombres unidos siempre vivirán al través de los siglos: ISABEL DE CASTILLA y FERNANDO DE ARACÓN, los futuros Reyes Católicos que encarnaban el espíritu español de la época. Antes de que concluyese el siglo ellos deberían llevar á cabo dos empresas trascendentales, á saber: arrojar definitivamente á los árabes de la Península y abrir las puertas del Océano á los Descubridores del Nuevo Mundo.

No tenemos tiempo para mencionar siquiera de paso á los héroes de aquellas magnas empresas; fueron tantos los que descollaron que la lista sería larga si quisiéramos nombrar á todos.

III

Extraños y vigorosos tipos presentan los hombres de aquella época: hervía en cada uno de ellos la savia llena de vida y energía que debería llevarlos á buscar un ideal que aun no podían hallar.

Entre los héroes europeos más valientes y arrojados no olvidemos á PEDRO DE AUBUSSON. Por su padre descendía de la sangre de San Luis de Francia, por su madre de Ricardo Corazón de León, y reunió en su persona la piedad del uno y la fortaleza del otro. Como Gran Maestre de los Caballeros de Rodas durante largos años se convirtió en centinela avanzada del Cristianismo en Oriente y en el árbitro todopoderoso en las cuestiones europeas y orientales del Mediterráneo.

¡Y qué diremos de aquel otro guerrero maravilloso JORGE CASTRIOT llamado SEANDERBERG,—que en toda ocasión y con fuerzas menores vencía á los mahometanos, de manera que durante veinticuatro años tuvo en jaque al Imperio turco y le impidió extenderse por el Norte! Sin embargo así como estos héroes hubo entonces cien paladines cristianos más, los cuales defendieron sin cesar las fronteras de las naciones cristianas contra el empuje de los infieles.

Mientras que unos guerreaban constantemente, otros vivían entregados á Dios en

cuerpo y alma. Todo era grande entonces, el bien como el mal, y lo que en esa época se inventó hasta el día de hoy nos sirve de norma y ejemplo.

El siglo xv vió morir al autor de la IMITACIÓN DE CRISTO, consuelo de las almas atribuladas durante cinco siglos; libro extraordinario cuyas ediciones en lugar de disminuir con las luces actuales se aumentan cada día, pues realmente en ese particular hoy alimentamos nuestro espíritu y nuestro corazón con las migajas que cayeron del banquete de la fe, en el cual todos tenían parte en aquellos tiempos.

En ese siglo floreció en Italia un portento espiritual como jamás ha visto el mundo otro igual. PICO DE LA MIRANDOLA era perfecto moral y físicamente; no carecía de ninguno de los dones que puede poseer un hombre. Era filósofo, poeta, orador, teólogo consumado cuando otros niños de su edad no habían aprendido á leer; á los diez y ocho años conocía todas las lenguas no solamente europeas sino orientales, y su memoria era de tal naturaleza que cuanto veía y cuanto oía quedaba grabado en ella para siempre. Se asimiló en breve todas las ciencias que se enseñaban en las Universidades de Italia y Francia; la Naturaleza era para él un libro abierto en el cual leía corrientemente. Su fama era universal; era rico, era sano, era hermoso, lo honraban los soberanos, lo acataban los sabios, lo escuchaban todos como un oráculo, sus amigos lo amaban con entusiasmo, no le envidiaban porque su ciencia no podía compararse con la de ningún otro... y sin embargo no era feliz, porque la felicidad no es de este mundo; de manera que cuando murió en el apogeo de su gloria, á los treinta y un años, aceptó la muerte con gusto; le hastiaba ya la vida porque su grande alma no cabía en la tierra.

Contemporáneo suyo y unido á Mirandola por lazos de estrecha amistad, á pesar de ser de naturalezas tan distintas, vivía en las cortes de los soberanos italianos un hombre extraño, incomprensible, el cual dió su nombre á un sistema político que se funda en la astucia y la perfidia, y que hasta el día sirve de regla á los tiranos: nos referimos á MAQUIAVELO y al *maquiavelismo*.

Entretanto que Maquiavelo sólo se ocupaba del poderoso y enseñaba al gobernante á tomar por modelo de su conducta no al león sino al lobo; no lejos de su ciudad natal apareció un hombre que con extraordinaria elocuencia predicaba todo lo contrario. Maquiavelo ensalzaba al rico, al grande, al déspota, al afortunado. SAVONAROLA tomaba bajo su protección al pobre; amparaba al desheredado; libertaba al oprimido y levantaba al humilde á los ojos del mundo. El fué el primer hombre en Europa que proclamó la libertad civil del ciudadano contra los abusos de la tiranía de los nobles; en nombre de Jesucristo ensalzó la sencillez, y á la corrupción de las costumbres opuso la virtud; él enseñó la dignidad humana y vilipendió la bajeza; inspirado en las Santas Escrituras el dominicano SAVONAROLA arrebató á cuantos le escuchaban: nobles y plebeyos, estudiantes, artistas, sabios, ignorantes, mujeres y ancianos, todos se convirtieron al oírle y todos cambiaron de vida. ¡Admirable y nunca visto espectáculo fué aquél! SAVONAROLA, apoyado por todos los ciudadanos, arrojó de Florencia á los Príncipes que gobernaban la ciudad y al fuego los vestidos lujosos,

las ricas joyas y los muebles de valor; en seguida fundó una República basada en las doctrinas y las costumbres de los primeros cristianos. De allí en adelante en lugar de cantos báquicos sólo se oían himnos religiosos; la paz reinaba en las familias y la tranquilidad en todas partes: la ciudad de los Médicis era un paraíso terrenal...

Pero aquel triunfo desvaneció al monje dominicano; mientras que predicaba la humildad se llenaba de orgullo; al paso que encomiaba la modestia, la soberbia se hacía dueña de su corazón; impuso su voluntad con imperio; no quiso oír otra voz que la suya propia y persiguió cruelmente á cuantos se atrevían á contradecirle en lo más mínimo; á pesar de ser humilde monje rehusó obedecer á sus superiores y acabó por encararse con la autoridad del Papa.

Hasta el día de hoy se discute el carácter de SAVONAROLA; algunos lo consideran como un sér inspirado por Dios, un taumaturgo casi divino, un Santo, un Profeta; otros lo pintan como un tribuno popular, un demagogo exaltado y peligroso al uso de los de hoy día. Sea como fuere, este hombre admirable, llenó con su nombre algunas páginas de la historia de Florencia, y su carácter lleno de vigor, de energía, de esa vida activísima que circulaba por las venas de los hombres del siglo xv, no puede menos que sorprendernos.

En aquel tiempo todo era grande, y combatían con armas igualmente fuertes los buenos y los malos. Si malos sacerdotes dieron escándalo en todas las jerarquías eclesiásticas, Santos como BERNARDINO DE SIENA, JUAN DOMINICI, ANTONIO DE FLORENCIA, PEDRO DE PISA, JUAN CAPISTRANO y otros muchos, trabajaron sin cesar para que el reino de Jesucristo se afirmara sobre la tierra.

En cambio durante largos años la herejía de JUAN HUSS turbó el mundo católico, y su doctrina cundió en Suiza, en Bohemia y persistió en muchas partes de Alemania, hasta que se amalgamó con la de LUTERO un siglo después. Éste (Lutero) nació en 1483 y ocho años después vino al mundo aquel que debería levantar innumerables ejércitos espirituales para combatir las herejías del fraile agustino: he nombrado á SAN IGNACIO DE LOYOLA, el cual nació pocos meses antes de que Colón descubriera el Nuevo Mundo. Ya existían ZWINGLE y su refutador ERASMO, cuyas armas deberían esgrimirse en el siguiente siglo.

Floreció en aquella misma época el historiador más importante del Renacimiento: FELIPE DE COMINES, uno de los primeros pulidores de la lengua francesa moderna, y de quien dice un historiador inglés ¹ que fué el primer escritor serio que supo comprender la humanidad desde un punto de vista filosófico, y arrojar una mirada perspicaz sobre los hechos de los hombres.

Pero volviendo á Italia—el país entonces más civilizado de Europa, como ya hemos tenido ocasión de observar,—encontraremos otro asombro de la naturaleza en las ciencias y en las artes, como Mirandola lo había sido en las letras y la filosofía. Este hombre prodigioso era LEONARDO DE VINCI. Con pocos años de estudio penetró y comprendió todas las ciencias naturales conocidas en su época, y llegó casi á la per-

¹ Buckle.

fección en sus obras de escultura y de pintura; en el mundo de las ciencias físicas hizo descubrimientos importantes; entrevió la ciencia geológica, la cual no ha venido á desarrollarse sino en el siglo XIX; era químico expertísimo; botánico, mineralogista, y según sus biógrafos continuó los descubrimientos de Rogerio Bacon, cuyas enseñanzas no habían entendido sus contemporáneos del siglo XII.

Ya MIGUEL ANGEL empezaba á hacerse notar cuando Colón descubrió la América, y cuando concluyó el siglo XV habían nacido RAFAEL SANZIO, el CORREGGIO y otros muchos pintores famosos á quienes nadie ha sobrepujado en sentimiento, idealismo, y perfección estética.

Entretanto en la Península Hispánica se estudiaba con esmero el arte náutico y la idea de la existencia de vastos territorios desconocidos vivía inconscientemente en el espíritu de todos: tocaba á un hombre de fe robusta poner en práctica aquel concepto á medio formar.

BARTOLOMÉ DÍAZ exploraba las costas de África y descubría el cabo de las Tormentas (después Buena Esperanza) en 1487. CABRAL y VASCO DE GAMA hacían sus primeras expediciones en los litorales africanos, precursoras de las que habían de llevar al primero al Brasil y al segundo á las Indias orientales; DIEGO CAM descubría el Zaira y establecía relaciones de amistad con los Reyes del Congo y de Benin, y MARTÍN BEHAIN viajaba con este último navegante para formar después su famoso globo terrestre, el cual debería dar mucho en qué pensar á los sabios. FERNANDO DE MAGALLANES, muy joven aún, se preparaba para seguir la ardua y entonces gloriosa carrera náutica, que debería llevarle después á emprender el primer viaje al rededor del mundo.

Los Catalanes, sin apartarse del viejo continente, llevaban á cabo valerosas expediciones.

Los Vizcaínos, antes que los Portugueses, habían procurado explorar las costas atlánticas del África.

JAIME FERRER, el viajero entendido, el lapidario de la Reina Católica, estudiaba con Colón el proyecto que á éste desvelaba, y como amigo y como sabio náutico le daba consejos muy importantes.

Todos los hombres que habían de revolucionar el mundo en el borrascoso siglo XVI existían ya, menos el futuro Carlos V que nació poco después. ENRIQUE VIII de Inglaterra vino al mundo en el mismo año en que Fernando é Isabel arrojaban á los árabes del territorio español y tres años después nació su rival FRANCISCO I de Francia.

Muerto el Papa Inocencio VIII, á mediados de 1492, los Cardenales se reunieron en conclave para elegir en su lugar al español RODRIGO BORGIA, que tomó el nombre de Alejandro VI. Entretanto zarpaban del puerto de Palos tres carabelas que comandaba el sublime visionario italiano que iba á la merced de los vientos y por medio de un desconocido océano á descubrir un Nuevo Mundo.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

París 1892.